

Refranes «al pelo»



Aurora Guerra Tapia
Profesora titular
de Dermatología.
Universidad Complutense
de Madrid.
Jefa de la Sección
de Dermatología.
Hospital Universitario
12 de Octubre. Madrid.

Si los alienígenas que circulan por el espacio exterior asomasen su nariz de vidrio arrebolado y redondo por los ángulos de nuestra cultura, encontrarían grandes sorpresas: alfabetos variopintos, números elásticos, notas vibrantes sobre pentagramas perfumados, y jeroglíficos indescifrables. Un mundo extraordinario.

Pero tal vez, el mayor asombro de sus ojos, contenidos en un estuche de red geométrica, viniese producido por ese código secreto a veces lánguido, a menudo feroz, en ocasiones descarado, que une la inocencia con la picardía, la ignorancia con la sabiduría, la magia con el pragmatismo.

Hablo de los refranes.

Podría pensarse que un refrán es el sinónimo de otros vocablos aparentemente similares. Pero no es así, porque aunque comparten muchas de sus características, hay algo que los hace diferentes: nacen de la sabiduría del pueblo llano sin mayor erudición que la que la propia existencia le depara. Carecen de contenido doctrinal, al contrario de la sentencia. Apenas poseen valor literario, como le ocurre al adagio. Pocas veces encierran una aplicación científica o artística, como sucede con los aforismos. No relatan anécdotas de los clásicos griegos, característica del apotegma, ni con-

De médico, poeta y loco, todos tenemos un poco.
Refrán español.

tienen normas morales incuestionables, como acaece con la máxima. Pero en cierto modo, se invisten de todo lo anterior con una erudición prodigiosamente inagotable.

Un refrán es un dicho popular que contiene de forma explícita o implícita un consejo, una moraleja, una conclusión vital a juicio del o los anónimos autores. Es algo así como si cada una de las subjetividades individuales se unificase en una complicidad única y ecuménica. Para todo hay un refrán. Impertinente o amable, no hay esquina, ni sótano, ni tejado, ni profesión, ni afición, ni animal ni hombre sobre el que no se pueda encontrar un refrán. Incluso, existen refranes «al pelo».

Muchos de ellos son de una absoluta clarividencia. ¿No es acaso cierto aquello de «pelo a pelo perdiendo, el que ha de ser calvo, lo va siendo», o dicho de otro modo, «nadie se hace calvo en un rato, sino paso a paso»? La historia natural de la calvicie común así lo demuestra. La miniaturización del cabello cursa de forma silenciosa, sin alarde, sin evidencia, hasta que el individuo un día cualquiera comprueba que el cuero cabelludo se ha hecho visible inesperadamente. No es el griterío del efluvio telógeno o anágeno, en el que el cabe-

llo se pierde de forma ostentosa, dejando rastros de su escapatoria en almohadones y peines, sino el susurro seductor de un estafador o un carterista de cabellos.

La ironía es uno de los instrumentos más potentes para conseguir la gracia en los refranes. «No hay calvo que no haya tenido buen pelo» es parejo de aquel «no hay vieja fea que no haya sido joven guapa». La demostración de algo que ocurrió hace muchos años queda en manos de memorias interesadas que acaban convirtiendo, a fuerza de repeticiones, mentiras en verdades. Pero no es con intención pecaminosa. Por el contrario, el ser humano, por un mecanismo instintivo hacia la felicidad, tiende a olvidar los malos recuerdos, y reconstruye las imágenes de su evocación mejorando todo aquello que su conciencia le permite, sin graves contradicciones. Y así pasa a ser verdad la belleza de una cabellera que nunca lo fue.

El refranero español defiende la hermosura de una melena cuando dice: «ni el pelo ni el cantar entran en el ajuar, pero ayudan a enamorar». Ciertamente el cabello forma parte inexcusable de la imagen corporal. ¿Reconoceríamos a Einstein sin su aureola de pelos encrespados y ralos? Es aquel aspecto inconfundible de su cabello, que parece estar coronando a una inteligencia excepcional, una parte imprescindible de su fisonomía.

Sin embargo, el pelo denso, largo y profundo parece reñido con la agudeza de juicio: «cabello luengo, corto seso». La crueldad y el juicio temerario por las apariencias es algo casi inherente al género humano. Pero la mujer, diana de la mayoría de los agravios, se venga, confunde, se divierte, reta: «alta y esbelta me haga Dios, que morena o rubia ya me haré yo».

Cuando se envejece, aparecen las canas. Aceptar el encanecimiento o intentar disimularlo son dos opciones entre las que el refranero elige: «quien se tiñe las canas, sólo a sí se engaña», porque «calvas, canas y dientes son incidentes. Arrastrar los pies, eso vejez es». Pero, tal vez, ese intento de disimular una aparente senectud sea debido a una contradicción entre el semblante y el talante. ¿O

no es así cuando se enuncia «arriba canas y abajo ganas»?

Claro está que si teñir canas es relativamente sencillo, disimular una calvicie supone un esfuerzo mucho mayor. Por eso se han de buscar motivos para aceptar lo irremediable, e incluso sublimarlo. Así se afirma que «cabeza calva, peinada desde el alba». Sin olvidar, por supuesto que «la ocasión la pintan calva».

No me he atrevido a ser juez que dicte sentencia acerca de la oportunidad de ese léxico precioso que constituyen los refranes. Cada uno en su libre albedrío considerará la parte de veracidad o falsedad que los dibuja y conforma.

Pero al menos hay uno que no admite discusión: «Dentro de cien años, todos calvos.»



Alta y esbelta me haga Dios, que morena o rubia ya me haré yo. (Del refranero español.)